

Donde reposa el sueño de las orquídeas

Poemario

Andrés F. Castaño

2013

© Derechos reservados de autor

www.autoreseditores.com

*A la memoria de mi abuelo,
Hernando Suárez;
A mis padres, por dejarme ser*

Paseo nocturno

La tarde canta una música exquisita de violines
Rasga la líquida campana de viento.
Por lejanías de sueño y azabache,
El día se deshace en fragmentos sucesivos
Miríadas que roban al tiempo
Sus clepsidras doradas.
Titila la embriaguez en el supermercado
Bebiendo del rocío de la arena.
En el cementerio brumoso de los recuerdos
Donde la hoz de la muerte es inocua.
No temeremos a nuestros pasos ciegos
Ni al rastro circular de la sombra que deshace sus ecos.

El tiempo cojea y devora angustias
Otea miserias ajenas sobre las calles
Como un viejo en las novelas de Kafka.
Rostros ebrios que ya no pueden verse en los espejos
Porque destrozan y siembran
Higueras amargas, frutos de la duda.
Las angustias aguardan,
Por los prisioneros de su propia voluntad

Y no creemos: somos.
La embriaguez purifica las heridas,
Alimenta las esperanzas de ser breves y perfectos
Como un haikú.
Los atardeceres seguirán
Trazando arreboles
Olores patéticos,
Cuartetos que trazan fugaces
Esculturas sin rostro.
La luna arriba a su puerto infinito
Cuando pienso que en mi reinado delirante,
Las estrellas fungirán como coronas.

Canción de las muchachas extravagantes

A Lorenzo Jaramillo

Jirones de harapienta luz y colibríes de flores amarillas
Trazando su ceniza entre perfiles moribundos
De semen, sangre y muerte.
Un frágil tinglado de cuerpos se desmorona
Y trae súbitamente olores de sándalo donde se fugan las manos.
Todavía su voz es un arroyo seco,

Un mediodía,
Sordo rumor de aguas ausentes, espejismos.
En sus ojos líquidos y oscuros, a través del ventanal,
Los recuerdos se asfixian en la canícula de los pulmones:
Refulge un rostro, un esbozo, un ascua
Celulosa oscilante que tañerá la luz
Cuando estés ausente:
La que pinta cegueras tanteando con sus manos de hiedra los ocasos.
Poco a poco van desmantelando
Esa galería amarilla en la trastienda...
Mientras el tonto furibundo declama
Lleno de ruido, su monólogo,
Un parlamento: la vida del artista en vilo
Esfumada como un trazo de Leonardo.

Romance del Guernika

Aquel año en que la lechuza olisqueaba tras los álamos
Y la inocencia era apuñaleada en el atrio de una iglesia
Dos vidas se cruzaron.
Se descubrieron los rostros, ciegos entre balas sordas.
Cuando la peste, hubo adormecido la lengua de los pastores
El horror trazó sus cuerpos geométricos

Las cruces de cal amenazaron
Tormenta en una tarde limpia de verano.
Los amantes deshojaron todos los pétalos;
Las tropas marcharon bajo el perfil de las caléndulas,
Y el roce tenue de tus cabellos
Hizo cantar al caballo y al toro escupir fuego.
En el centro la lámpara como un péndulo
Golpeo furiosa las cabezas como sal de Sodoma.
Redoblaron las campanas:
Los guardias con sus hisopos de acero
Hicieron abluciones sobre el pergamino de los jóvenes amantes.
De repente, hundidos en sus miradas de ébano
Durmieron al mismo tiempo en el sueño y la muerte.

El bosque y la muerte

En un bosque habita Dios.
Más allá de las manos laceradas por la caricia
Y las piedras, puede verse su perfil
Marcado por la cenicienta luz crepuscular.
Los pájaros otoñales pierden su rumbo
Y las hogueras azolvadas en su respiración
Son como niebla que se resiste a ahogarse en las lagunas,
O las breves exhalaciones del tiempo eterno de los moribundos

Que se fugan en sueños blancos.
Somos, Dios y yo, como la estatua reposando en la hiedra
Siempreviva durmiente,
Martillo quebrando el reloj en la noche de la muerte,
Tan vastísima que no cabría en ella.
Giran embriagándose como un derviche con su danza y ven tu rostro
Desfigurado por los labios ocre en las cortezas del árbol;
Tus ojos de asceta negro refulgiendo entre los lobos del odio
Aullando lastimero, defenestrada de su corona
Sin su poderoso cetro de huesos terrosos.

Estación

Un chorro de luz dispersa el polvo del vagón.
Afuera, el sol danza entre trigales
La tierra parece latir.
Como cuando camino por el prado
Y siento respirar la tierra bajo mis pies.
Los perros ladran en una síncopa infernal
El cansancio pesa ya sobre nuestras cabezas brillantes.
Entre un parpadeo y otro, ha anochecido.
La falsa luz, como un sol impostor
Recorta los perfiles dentro de aquel sepulcro móvil:

«¡Fuera, perros judíos!», vociferan en limpio alemán.

El primer círculo.

Es un trecho tan breve, pero definitivo.

Lo sé: hoy un hombre ha hecho el gesto de la muerte,

Su índice trazó una línea a la altura del cuello.

Esa hoz, el pavor.

“Trabaja”, decía mi abuelo, “es lo mejor que hay”:

«Arbeit Macht Frei», reza la infame leyenda:

Vosotros, que entráis...

¿Y nosotros, Dios, qué haremos si perdimos la esperanza?

¿Seremos atravesados por la luz;

Humo, y luego, un puñado de cenizas;

O fatua espuma en el cuerpo de los otros?

Las Campanas

Doblaron las campanas blancas,

Las golondrinas volaron bajo, presagiando las alarmas

Mientras el verano oprimía la piel de los amantes.

Grabada en el eterno mármol del papel

La imagen núbil del joven poeta tísico

Inquieto por las musas

Desconoce la feroz brutalidad de la guerra.
Estremecido el corazón de Europa
Despierta por el estruendo del cañón elocuente,
El heraldo de la guerra.
Los vagones van repletos de carne de cañón
Un collar de lágrimas fluye por los dedos
De las pálidas novias y las madres.
Blancos pañuelos aletean como palomas
En las estaciones, despiden los trenes:
«Adiós, adiós a todo esto».
En la víspera, tras los últimos compases del baile,
Ellos sueltan las caderas de las muchachas,
Y empuñan los fríos fusiles, dan su pecho a la muerte.
Al alba, la llamada del fuego y los cañones,
Con sus voraces dentelladas de metralla, los consumirá.
Cual pabilos frágiles,
«Pero dulce y decoroso es morir por la patria».
Zumban las abejas metálicas en los oídos
Los estertores sordos de la asfixia por el gas venenoso
Ensordece los ojos y cercena las tibiezas de la memoria.
La muerte, se levanta incólume de las trincheras:
Esa negra segadora de cabezas imberbes,
Que arando por las campiñas de Verdún, siembra sus cruces blancas.
Su elocuencia vulgar de granadas y obuses

Traza ruinas por campos y ciudades,
Se deja oír, poderosamente
Entre las tapas de los ataúdes, las bocas y los tímpanos
Sellados con algodones humedecidos de sangre.
Pero la poesía embalsama a los muchachos muertos,
Como siempre vivas bajo las botas,
Los hará florecer en los nichos de las trincheras.
Cuando retornen los vagones mortecinos
Ya se anunciará el fango de otoño, el tiempo de la peste.

Espejismos en una noche de abril

I-Preludio

En la luz de los lirios se apagan las cenizas
De un mediodía:
¡Azur bruñido en los ojos del mártir,
Profundo como el rostro de las doncellas muertas del Magdalena,
Latente herida de la ciudad por su matriz!
Silencio al hundirse el puñal en el pecho del César
Negrura y sombreros:

¿Y la tormenta sobreviene entre las auroras?
Plomo y fuego; ceniza, mierda y muerte...
Así fue en el principio,
Más allá de la honda ceguedad en los tenebrarios,
Del terciopelo en las fauces de los leones,

A la una y cinco, gusto metálico en los labios
Y de las comisuras
Saldrán letanías de labios profanos recitando
Manos sucias y grasosas,
De arcilla, padecida y contrita.

¿Acarrean ahora las manos féretros rústicos como sordos carruajes?
¿La masa desamparada quemará sus exvotos de Fénix?
Huirán entre respuestas de las vísperas,
Bajo la sombra del ascua de los cirios.
Cuando la tempestad golpeó cada cabeza,
Como piedras de granizo
Ya era demasiado tarde:
Porque la muerte fue una sola con su corcel.

II-Locutorio

La voz tiembla cuando se asoma al aire,
Ruge, dentellada feroz segando la garganta de la noche:

Como fantasma dolorido la voz de Dios se enreda entre la zarza
Y arde en su corazón.
El zorzal ofrenda su corazón al cuchillo,
Hay un dolor sordo en cada verbo
Como un presagio
O la pestaña abierta en el volcán de los dioses.
La sangre es oráculo en la tierra de sordos
Que arrancan con cucharas los ojos de sus hijos.
El cónsul desoye al arúspice en la víspera,
Los signos trazados en las vísceras de las bestias.
El caudillo sale al umbral y ofrece
Su preclara espalda al conjurado
Un disparo se repite,
Reverbera en un tiempo anguloso
Hiere la mejilla marmórea de la muerte.
El fuego crepita, morosamente,
Y las mascarillas mortuorias ya se fraguan.

III- El Incendio

El crepúsculo dilata sus dominios
Abre con su quilla la noche
Bruñida de ascuas volátiles entre un hedor dulzón.
Aurora boreal despedazada sobre botellas rotas

Y estandartes rojos en el mortuorio perfil de los oscuros montes.
Nudo de dormidas lenguas por el alma de las cañas
En su tierno veneno en que refulgen aristas de plata
Las diminutas cabezas,
Brotan en capullos de sangre.
Hierva el Tártaro.
Las aves negras hacen migajas el templo con sus picos.
Duermen bajo los pilares de sal y alzan vuelo bajo el plomo
En los dominios de la muerte.

El poeta de La Muerte

Y la muerte inocente
Igual que el colibrí perdido en un bosque de pinos
Pendía sobre las cabezas de terciopelo de las putas
Jack, escribe sus versos con el bisturí
Practica su obra de arte:
Delicadas incisiones
En las virginales yugulares.
“Johann, El Estrangulador de Viena”:
—Su madre era una puta—
«¿Por qué las matas?», pregunta el fiscal del distrito:
—Limpio de oquedades la memoria.
En la cárcel, el delicado pájaro negro

Escribe poemas, cuentos y teatro.
Alguien abre la jaula
Y se declara al lobo inocente.
Pero la bestia no puede ser otra cosa que eso.
Once mujeres muertas,
Nueve ahocadas con cordones.
“Jack”, como le llamaban los americanos
Es condenado de nuevo.
Por la noche, repite el rito en la celda silenciosa
Del mismo modo que con las mujeres
Ata en torno al cuello su última y delgada corbata.
Al otro día hallan a Johann, el poeta,
Durmiendo con La Muerte, su querida amada.

Sibelius

Cuánta hondura por los bosques de tundra
En una noche larga y de sol interminable.
Las gaviotas alzan vuelo
Entre fiordos y montes helados,
Donde el sueño de primavera
De antiguos guerreros vikingos,
Se demora entre deshielos.
Flota una música nocturna,